

el raciocinio: y que si no valen mucho como medio de invencion, sean á veces provechosas como conducto de enseñanza. Así es que, lejos de pretender que se las destierre del todo de las obras elementales, conviene que se las conserve, no en toda su sequedad, pero sí en todo su vigor. *Nervos et ossa* las llamaba Melchor Cano con mucha oportunidad: no se destruyan pues estos nervios y huesos; basta cubrirlos con piel blanda y colorada, para que no repugnen ni ofendan. Porque es preciso confesar que ahora á fuerza de desdenar las formas, se cae en el extremo opuesto, sumamente dañoso al adelanto de las ciencias, y á la causa de la verdad. Antes los discursos eran descarnados en demasía; presentaban, por decirlo así, desnuda la armazon; pero ahora, tanto es el cuidado de la exterioridad, tal el olvido de lo interior, que en muchos discursos no se encuentra mas que palabras, que serian bellas, si serlo pudieran palabras vacías. Con el auxilio de las formas dialécticas, travesaban en demasía los ingenios sutiles y cavilosos; con las formas oratorias se envuelven á menudo los espíritus huecos. *Est modus in rebus* (15).

CAPÍTULO XVI.

NO TODO LO HACE EL DISCURSO.

§ I.

La inspiracion.

Es un error el figurarse que los grandes pensamientos son hijos del discurso; este bien empleado, sirve algun tan-

to para enseñar, pero poco para inventar. Casi todo lo que el mundo admira de mas feliz, grande y sorprendente, es debido á la inspiracion, á esa luz instantánea que brilla de repente en el entendimiento del hombre, sin que él mismo sepa de dónde le viene. Inspiracion la apellido, y con mucha propiedad; porque no cabe nombre mas adaptado para esplicar este admirable fenómeno.

Está un matemático dando vueltas á un intrincado problema; se ha hecho cargo de todos los datos; nada le queda que practicar de lo que para semejantes casos esta prevenido. La resolucion no se encuentra, se han tanteado varios planteos, y á nada conducen. Se han tomado al acaso diferentes cantidades, por si se da en el blanco; todo es inútil. La cabeza está fatigada; la pluma descansa sobre el papel, nada escribe. La atencion del calculador está como adormecida de puro fija; casi no sabe si piensa. Cansado de forcejear por abrir una puerta tan bien cerrada, parece que ha desistido de su empeño, y que se ha sentado en el umbral aguardando si alguien abrirá por la parte de adentro. «Ya lo veo, esclama de repente, esto es!» . . . y cual otro Arquímedes, sin saber lo que le sucede, saltaria del baño y echaria á correr gritando: «Lo he encontrado! . . . Lo he encontrado! . . .»

Acontece á menudo que despues de largas horas de meditacion no se ha podido llegar á un resultado satisfactorio; y cuando el ánimo está distraido, ocupado en asuntos totalmente diferentes, se le presenta de improviso la verdad como una aparicion misteriosa. Hallábase Santo Tomás de Aquino en la mesa del rey de Francia, y como no debia de ser mal criado y descortés, no es regular que aquel lugar le

escogiese para entregarse á meditaciones profundas. Pero antes de la hora del convite estaria en la celda ocupado en sus ordinarias tareas, aguzando las armas de la razon para combatir á los enemigos de la Iglesia. Natural es que le sucediese lo que suelen experimentar todos los que tienen por costumbre penetrar el fondo de las cosas, que aun cuando han dejado la meditacion en que estaban embebidos, se les ocurre con frecuencia el punto en cuestion, como si viniese á llamar á la puerta, preguntando si le toca otra vez el turno. Y hé aquí que sin saber cómo, se siente inspirado, ve lo que antes no veia; y olvidándose de que estaba en la mesa del rey, da sobre ella una palmada, exclamando: «Esto es concluyente contra los maniqueos!»

§ II.

La meditacion.

Cuando el hombre se ocupa en comprender algun objeto muy difícil, tan lejos está de andar con la regla y compas en la mano para dirigir sus meditaciones, que las mas de las veces queda absorto en la investigacion, sin advertir que medita, ni aun que existe. Mira las cosas, ahora por un lado, despues por otro; pronuncia interiormente el nombre de aquello que examina; da una ojeada á lo que rodea el punto principal; no se parece á quien sigue un camino trillado, como sabiendo el término á que ha de llegar, sino á quien buscando en la tierra un tesoro cuya existencia sospecha, pero de cuyo lugar no está seguro, anda excavando acá y acullá sin regla fija.

Y si bien se observa, no puede suceder de otra manera, cuando ya de antemano no se conoce la verdad que se bus-

ca. El que tiene á la vista [un pedazo de mineral cuya naturaleza conoce, cuando trate de manifestar á otros lo que él sabe sobre la misma, se valdrá del procedimiento mas sencillo, y mas adaptado para el efecto. Pero si no tuviese dicho conocimiento, entonces la revolveria y miraria repetidas veces; por este ó aquel indicio formaria sus conjeturas, y al fin echaria mano de experimentos á propósito, no para manifestar que es tal, sino para descubrir cuál es.

§ III.

Invencion y enseñanza.

De esto nace la diferencia entre el método de enseñanza y el de invencion: quien enseña, sabe á donde va, y conoce el camino que ha de seguir, porque ya le ha recorrido otras veces; mas el que descubre, tal vez no se propone nada determinado, sino examinar lo que hay en el objeto que le ocupa; quizás se prefiija un blanco, pero ignorando si es posible alcanzarlo, ó dudando si existe, si es mas que un capricho de su imaginacion; y en caso de estar seguro de su existencia, no conoce el sendero que á él le ha de conducir.

Por este motivo los mas elevados descubrimientos se enseñan por principios muy diferentes de los que guiaron á los inventores; el cálculo infinitesimal es debido á la geometria, y ahora se llega á sus aplicaciones geométricas por una serie de procedimientos puramente algebraicos. Así, se levanta en una cordillera de escarpadas montañas un picacho inaccesible, donde al parecer se divisan algunos restos de un antiguo edificio: un hombre curioso y atrevido concibe el designo de subir allá; mira, tantea, trepa por

altísimos peñascos, se escurre por pasadizos impracticables, se aventura por el estrechísimo borde de espantosos derumbaderos, se ase de endebles plantas y carcomidas raíces, y al fin cubierto de sudor y jadeando de cansancio, toca á la deseada cumbre, y levantando los brazos, clama con orgullo: «¡ya estoy arriba!»... Entonces domina de una ojeada todas las vertientes de las cordilleras; lo que antes no veía sino por partes, ahora lo ve en su conjunto: mira hácia los puntos por donde habia tanteado, ve la imposibilidad de subir por allí, y se rie de su ignorancia. Contempla las escabrosidades por donde acaba de atravesar, y se envanece de su temeraria osadía. ¿Y cómo será posible que por estas malezas suban los que le están mirando? Pero ved ahí un sendero muy fácil; desde abajo no se descubre, desde arriba sí. Da muchos rodeos, es verdad, se ha de tomar á larga distancia, pero es accesible hasta á los mas débiles y menos atrevidos. Entonces, descendiendo corriendo, se reune con los demas, les dice «seguidme,» los conduce á la cima, sin cansancio ni peligro, y allí los hace disfrutar de la vista del monumento, y de los magníficos alrededores que el picacho domina.

§ IV.

La intuición.

Mas no se crea que las tareas del genio sean siempre tan laboriosas y pesadas. Uno de sus caractéres es la *intuición*, el ver sin esfuerzo lo que otros no descubrirían sino con mucho trabajo, el tener á la vista el objeto inundado de luz, cuando los demas están en tinieblas. Ofrecedle una idea, un

hecho, que quizás para otros serán insignificantes: él descubre mil y mil circunstancias y relaciones antes desconocidas. No habia mas que un pequeño círculo, y al clavarse en él la mágica mirada, el círculo se agita, se dilata, va extendiéndose como la aurora al levantarse el sol. Ved, no habia mas que una débil ráfaga luminosa, pocos instantes despues brilla el firmamento con inmensas madejas de plata y de oro, torrentes de fuego inundan la bóveda celeste, del oriente al ocaso, del aquilon al sud.

§ V.

No está la dificultad en comprender sino en atinar. El jugador de ajedrez. Sobieski.
Las víboras de Anibal.

Hay en este punto una particularidad muy digna de notarse, y que tal vez no ha sido observada; y es que muchas verdades no son difíciles en sí, y que sin embargo á nadie se ocurren sino á los hombres de talento. Cuando estos las presentan, ó las hacen advertir, todo el mundo las ve tan claras, tan sencillas, tan obvias, que parece extraño no se las haya visto antes.

Dos hábiles jugadores de ajedrez están empeñados en una complicada partida. Uno de ellos hace una jugada al parecer tan indiferente... «un tiempo perdido,» dicen los espectadores; luego abandona una pieza que podia muy bien defender, y se entretiene en acudir á un punto por el cual nadie le amenaza. «Vaya una humorada, esclaman todos, esto le hará á V. mucha falta.» «¿Qué quieren Vds., dice el taimado, no atina uno en todo.» Y continúa como distraído. El adversario no ha penetrado la intención, no acu-

Tomo 1.

20.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

de al peligro, juega, y el distraído que perdía tiempo y piezas, ataca por el flanco descubierto, y con maligna sonrisa dice: «jaque mate.» «Tiene razón, gritan todos; y ¿cómo no lo habíamos visto? y una cosa tan sencilla! . . . pues es claro, perdió el tiempo para enfilar por aquel lado, abandonó una pieza para abrirse paso; acudió allí, no para defenderse, sino para cerrar aquella salida; parece imposible que no lo hubiéramos advertido.»

Están los turcos acampados delante de Viena; cada cual discurre por dónde se deberá atacarlos cuando llegue el deseado refuerzo á las órdenes del rey de Polonia. Las reglas del arte andan de boca en boca, todos las manosean, los proyectos son innumerables. Llega Sobieski, echa una ojeada sobre el ejército enemigo: «Es mío, dice, está mal acampado.» Al día siguiente ataca; los turcos son derrotados, y Viena es libre. Y después de visto el plan de ataque y su feliz éxito, todos dirían: «Los turcos cometieron tal ó cual falta, tenía razón el rey, estaban mal acampados;» todos veían la verdad, la encontraban muy sencilla, pero después de habérsela mostrado.

Todos los matemáticos sabían las propiedades de las progresiones aritméticas y geométricas; que el exponente de 1 era 0, que el de 10 era 1, que el de 100 era 2, y así sucesivamente, y que el de los números medios entre 1 y 10 era un quebrado; pero nadie veía que con esto se pudiese tener un instrumento de tantos y tan ventajosos usos como son las tablas de los logaritmos. Neper dijo: «Hélo aquí;» y todos los matemáticos vieron que era una cosa muy sencilla.

Nada más fácil que el sistema de nuestra numeración; y

sin embargo, no lo conocieron ni los griegos ni los romanos. ¿Qué fenómeno más sencillo, más patente á nuestros ojos, que la tendencia de los fluidos á ponerse á nivel, á subir á la misma altura de la cual descienden? ¿No lo estamos viendo á cada paso en las retortas, y en todos los vasos donde hay dos ó más tubos de comunicación? ¿Qué cosa más sencilla que la aplicación de esta ley de la naturaleza á objeto de tanta utilidad como es la conducción de las aguas? Y sin embargo, ha debido transcurrir mucho tiempo antes que la humanidad se aprovechara cual podía de la lección que estaba recibiendo todos los días en un fenómeno tan sencillo.

Dos artesanos poco diestros se hallan embarazados en una obra. El uno consulta al otro; ambos cavilan, ensayan, malbaratan, sin conseguir nada. Acuden por fin á un tercero de aventajada nombradía. ¿A ver si V. nos saca de apuro?—Muy sencillo, de esta manera.—Tiene V. razón, era tan fácil, y no habíamos sabido dar en ello.

Está Anibal á la vispera de un combate naval, da sus disposiciones, y entre tanto vuelven á bordo algunos soldados que llevan un gran número de vasos de barro bien tapados, cuyo contenido conocen muy pocos. Comienza la refriega; los enemigos se rien de que los marinos de Anibal les arrojen aquellos vasos en vez de flechas; el barro se hace pedazos, y el daño que causa es muy poco. Pasan algunos momentos, y un marino siente una picadura atroz: al grito del lastimado sucede el de otro; todos vuelven la vista, y notan con espanto que la nave está llena de víboras. Introdúcese el desorden, nadie se cuida de pelear. Anibal manobra con destreza, y la victoria se decide en su favor.

Ciertamente que nadie ignoraba que era posible recoger muchas víboras, y encerrarlas en vasos de barro, y tirarlos á las naves enemigas; pero la ocurrencia solo la tuvo el astuto cartaginés. Y él sin duda encontró el infernal ardid sin ratiocinios ni cavilaciones; bastóle tal vez que alguien mentase la palabra *vibora* para afinar desde luego en que este réptil podia servirle de excelente auxiliar.

¿Qué nos dicen estos ejemplos? Nos dicen que el talento consiste muchas veces en ver una relacion que está patente y en la cual nadie atina. Ella en sí, no es difícil; y la prueba está en que tan pronto como alguno la descubre, y la señala con el dedo, diciendo: «Mirad;» todos la ven sin esfuerzo, y hasta se admiran de no haberla advertido. Así que el lenguaje, llevado por la fuerza misma de las cosas, los llama á estos pensamientos, *ocurrencias, golpes, inspiraciones*, espresando de esta manera que no costaron trabajo, que se ofrecieron por sí mismos.

§ VI.

Regla para meditar.

De lo dicho inferiré que para pensar bien no es buen sistema poner el espíritu en tortura, sino que es conveniente dejarle con cierto desahogo. Está meditando sobre un objeto, al parecer no adelanta; con la atención sobre una cosa, diríase que está dormitando. No importa: no le violentéis; mira si descubre algun indicio que le guíe; se asemeja al que tiene en la mano una cajita cerrada con un resorte misterioso, en la cual se quiere poner á prueba el ingenio, por si se encuentra el modo de abrirla. La contempla largo rato, la vuelve repetidas veces, ora aprieta

con el dedo, ora forcejea con la uña, hasta que al fin permanece un instante inmóvil, y dice: «Aquí está el resorte, ya está abierta.»

§ VII.

Carácter de las inteligencias elevadas. Notable doctrina de Santo Tomas de Aquino.

¿Por qué no se ocurren á todos ciertas verdades sencillas? ¿cómo es que el linage humano haya de mirar cual espíritus extraordinarios á los que ven cosas que al parecer todo el mundo habia podido ver? Esto es pedir la razon de un arcano de la Providencia, esto es preguntar por qué el Criador ha otorgado á algunos hombres privilegiados una gran fuerza de intuicion, ó sea vision intelectual inmediata, y la ha negado al mayor número.

Santo Tomas de Aquino desenvuelve sobre este particular una doctrina admirable. Segun el santo Doctor, el discurrir es señal de poco alcance del entendimiento; es una facultad que se nos ha concedido para suplir á nuestra debilidad; y así es que los ángeles entienden, mas no discurren. Cuanto mas elevada es una inteligencia, menos ideas tiene; porque encierra en pocas lo que las mas limitadas tienen distribuido en muchas. Así los ángeles de mas alta categoría entienden por medio de pocas ideas; el número se va reduciendo á medida que las inteligencias criadas se van acercando al Criador, el cual, como ser infinito é inteligencia infinita, todo lo ve en una sola idea, única, simplicísima, pero infinita: su misma esencia. ¡Qué teoría mas sublime! Ella sola vale un libro; ella prueba un profundo conocimiento de los secretos del espíritu; ella nos

sugiere innumerables aplicaciones con respecto al entendimiento del hombre.

En efecto, los genios superiores no se distinguen por la mucha abundancia de las ideas, sino en que están en posesion de algunas, capitales, anchurosas, donde hacen caber al mundo. El ave rastrera se fatiga revoloteando, y recorre mucho terreno, y no sale de la angostura y sinuosidades de los valles: el águila remonta su magestuoso vuelo, posa en la cumbre de los Alpes, y desde allí contempla las montañas, los valles, la corriente de los ríos, divisa las vastas llanuras pobladas de ciudades y amenizadas con deliciosas vegas, galánas praderas, ricas y variadas mieses.

En todas las cuestiones hay un punto de vista principal, dominante; en él se coloca el genio. Allí tiene la clave, desde allí lo domina todo. Si al comun de los hombres no les es posible situarse de golpe en el mismo lugar, al menos deben procurar llegar á él á fuerza de trabajo; no dudando que con esto se ahorrarán muchísimo tiempo, y alcanzarán los resultados mas ventajosos. Si bien se observa, toda cuestion, y hasta toda ciencia, tienen uno ó pocos puntos capitales á los que se refieren los demas. En situándose en ellos, todo se presenta sencillo y llano, de otra suerte, no se ven mas que detalles, y nunca el conjunto. El entendimiento humano, ya de suyo tan débil, ha menester que se le muestren los objetos tan simplificados como sea dable; y por lo mismo es de la mayor importancia desembarazarlos de follage inútil, y que ademas, cuando sea preciso cargarle con muchas atenciones simultáneas, se las distribuya de suerte que queden reducidas á pocas clases, y cada una de estas vinculada en un punto.

Así se aprende con mas facilidad, se percibe con lucidez y exactitud, y se auxilia poderosamente la memoria.

§ VIII.

Necesidad del trabajo.

De las doctrinas de este capítulo sobre la inspiracion é intuicion, ¿podremos inferir la conveniencia de abandonar el discurso, y hasta el trabajo, y de entregarnos á una especie de quietismo intelectual? No ciertamente. Para el desarrollo de toda facultad hay una condicion indispensable: el ejercicio. En lo intelectual como en lo fisico, el órgano que no funciona, se adormece, pierde de su vida; el miembro que no se mueve, se paraliza. Aun los genios mas privilegiados no llegan á adquirir su fuerza hercúlea, sino despues de largos trabajos. La inspiracion no descien- de sobre el perezoso; no existe cuando no hierven en el espíritu ideas y sentimientos fecundantes. La intuicion, el *ver* del entendimiento, no se adquiere sino con un hábito engendrado por el mucho *mirar*. La ojeada rápida, segura y delicada de un gran pintor, no se debe soio á la naturaleza, sino tambien á la dilatada contemplacion y observacion de los buenos modelos: y la magia de la música no se desenvolveria en la organizacion mas armónica, sujeta únicamente á oír sonidos ásperos y destemplados (16).